

ANTORCHAS ESPIRITUALES
EN LA HUELLA DE TERESA
DE JESUS EN PALENCIA

Curso 1962-63

Discurso inaugural, pronunciado
por el Académico de Número
ANTONIO ALAMO SALAZAR

Excmos. Señores.
Ilmos. Señores.
Sres. Académicos.
Señoras y Señores:

Vuelve el tema teresiano, para presidir ahora esta nueva manifestación pública de la Institución «Tello Téllez de Meneses»; y vuelve asimismo envuelto en la amable hopalanda de lo palentino, ya que de otra forma no tendría razón de ser su presencia en un Centro de estudios donde el sello de Palencia es el común denominador de toda actividad y de toda inquietud.

Y vuelve el tema teresiano a informar este segundo discurso que me cabe el honor de pronunciar dentro del seno de la Institución, no como un imperativo de la afición o afinidad del que habla, sino apoyándose en un doble motivo que viene a ser rotunda justificación: en primer lugar, para continuar un asunto que hemos dejado sobre el tapete en el discurso de ingreso como académico numerario; asunto que, aunque abordado íntegramente en la faceta que nos habíamos propuesto, venía a ser luminosa puerta abierta para nuevos estudios, nuevas investigaciones, nuevas consideraciones, y, por lo tanto, nuevos discursos y nuevas conferencias.

Por otra parte repito aquí el razonamiento que en el indicado discurso de ingreso a primeros de año barajé, recurriendo a mi condición de periodista, de que el profesional de la noticia y la información ha de ser en todo momento fiel a la actualidad; si ahora está España entera envuelta en operante y simbólica aureola conmemorativa del IV Centenario de la Reforma teresiana, y por ello todo tema carmelita es actualidad y es noticia, no podía estar ausente de este signo teresiano esta entidad cultural y artística, afincada en una ciudad que con gratísima firmeza se asentó en el mundo cordial de Teresa de Jesús; y si esta apertura de curso académico es la única que va a llevar a cabo la Institución «Tello Téllez de Meneses» dentro de la etapa conmemorativa de este cuatricentenario (que finalizará en agosto de 1963, al menos en su etapa teresiana), en verdad que he entendido que ningún otro tema

más actual, más simbólico, más expresivo, más significativo y más propio de la Palencia halagada (y no sólo con piropos) por Teresa de Jesús, que el tema carmelita, concretado en algo tan entrañablemente teresiano como es el convento de San José, de Palencia, fundado por la propia Teresa de Jesús..., aunque con ello tenga que rogar a mis compañeros académicos dispensen y perdonen el hecho espontáneo de haber osado, el que habla, investirse por su cuenta de esta responsabilidad de ser portavoz de la Institución en esta su incorporación a la conmemoración del IV Centenario teresiano, cuando en realidad para ostentar una representación de este carácter debiera estar la garantía de la ciencia y de la competencia, por encima del simple –aunque fervoroso– fuego del entusiasmo.

«Antorchas espirituales en la huella de Teresa de Jesús en Palencia»

«Antorchas espirituales en la huella de Teresa de Jesús en Palencia»; he aquí el título de este discurso, que viene a ser continuación del que en el pasado mes de marzo leíamos en este mismo estrado, con el epígrafe de «Perfil de Palencia en el mundo cordial de Teresa de Jesús». Tratábamos de demostrar entonces que Palencia es una de las ciudades que gozan de prioridad en la geografía del teresianismo universal..., y no hay exageración ninguna –conociendo ligeramente la principal preocupación de Teresa de Jesús por su reforma– al afirmar que si hay un primerísimo plano ocupado en el luminoso mundo teresiano por Avila y Alba de Tormes (cuna y sepulcro de Madre Teresa), hay asimismo un rutilante plano, que sigue inmediatamente al ocupado por la ciudad de los caballeros y por la villa de los duques, en el que se asientan Medina del Campo y Palencia: Medina, fin de etapa en el primer itinerario de Teresa fundadora, y comienzo de ruta en el último tramo terrenal de Teresa andariega; y Palencia, sede, marco, escenario y testigo excepcional de la recepción del Breve pontificio de separación de descalzos y calzados, espaldarazo y refrendo definitivo de la Reforma carmelita, alto deseo, honda preocupación, primordial inquietud de Teresa de Jesús, que si llegó a ser la mujer incomparable que escaló los peldaños de la santidad con un extraordinario bagaje de popularidad y una limpia ejecutoria de simpatía, fue sencillamente merced a la obra reformadora, por ella suscitada, por ella amasada, por ella iniciada y por ella consumada al lograr ese precioso documento de Su Santidad Gregorio XIII que, para suerte y satisfacción de los palentinos, la propia Teresa de Jesús recibiera estando precisamente en Palencia.

La ciudad del Carrión, pues, tiene un puesto privilegiado e indis-

cutible en el mundo cordial de Teresa de Jesús; así lo quiso Dios, y así la propia monja castellana gustó de mimarlo con sus repetidas estancias en la ciudad, y de aderezarlo con los prodigados piropos a sus gentes «de buena masa», a sus gentes «virtuosas», a sus gentes «de gran caridad, llanas y sin doblez»..., piropos que vienen a constituir uno de los más íntimos orgullos de Palencia por la sencilla razón de que, al salir de labios de Madre Teresa, son un fiel reflejo de la más exacta realidad, ya que Teresa de Jesús siempre fue clara y llana en el hablar, y según el testimonio de Ana de San Bartolomé (por citar a una monja gran conocedora de la Santa) jamás dijo palabra que no fuera verdad, aun en asuntos que, como un piropo, pareciesen cosa de poco momento.

Pero Teresa de Jesús marcharía de Palencia, y habría de llegar un día en que se escapase de la tierra, del mundo; entonces, aquellas ciudades o villas que gozaran del privilegio teresiano no podían ni debían traicionar a quien en ellas había derramado sus complacencias; tenían que continuar siendo teresianas, sin Teresa.

Así, Avila, que fue cuna, sonajero y «nana» amurallada, jardín para jugar a ermitaños, atardecer para rebrillos de dos ojos adolescentes, callejuela silente y plaza curra para juveniles miradas de soslayo cuando ronda el amor, y claustro de rosas y agua clara cuando quema el gran Amor, así Avila seguiría ofreciendo al mundo, entre su pétreo y alcazareño cilicio de murallas, ese ambiente teresiano incomparable que por los espacios y los silencios de Avila se palpa, se paladea, se respira y se masca. Así Alba de Tormes, que fue lecho limpio y cabezal de alelís para el eterno sueño de Teresa de Jesús; y agua rutilante de lírico río, para acunar el último suspiro de la gran andadora; y campana emocional para taladrar los aires otoñales y bordar sobre el suelo la entrada triunfal de la Madre en los cielos, así Alba de Tormes continuaría imponiendo silencios a los vientos, y callarían sus calles, y siguen callando sus plazas, y callan sus piedras, para que el mundo, en constante peregrineo, cale hondo y a gusto el milagro de los restos corporales incorruptos de Teresa de Jesús.

Pero... ¿y Palencia?; Palencia, ciudad mimada por Teresa de Jesús, tenía que continuar manteniendo el fuego teresiano. No podía ofrecer al mundo un aleteo externo de teresianismo, como Avila; ni podía, como Alba, custodiar un sepulcro con carne incorrupta y divinamente perfumada; no podía limitarse a guardar en su regazo las rosas de unos piropos, porque estos requiebros eran flor de Teresa con el destino único de la tierra amable de las gentes palentinas. Tenía que ir más allá; y porque Palencia es suspiro que se goza dentro, y porque Palencia

es revuelo introvertido, y porque Palencia es arca que gusta de velar sus valores, y porque Palencia ha tenido a gala ser (como su catedral) «bella desconocida», Dios quiso que su mensaje teresiano quedase encerrado, velado, enmarcado en un convento carmelita que, si físicamente no deja de ser una material limitación, espiritualmente es un aleteo sin linderos donde lo teresiano se ha mantenido firme, exuberante, luminoso, briosamente disparado a la gloriosa diana de Dios.

Es verdad que en toda fundación de Madre Teresa hay una rotunda huella de aquella gran mujer; pero yo no se si de los 16 conventos fundados por la Santa de Castilla, cualesquiera de los 15 restantes aventaja a Palencia en ejecutorias de santidad; para redactar este discurso ha habido que asomarse a un par de libros manuscritos⁽¹⁾ conservados en el monasterio de San José, de Palencia, de madres carmelitas descalzas, recogiendo el relato de las vidas de ejemplares religiosas, coetáneas, unas, de Teresa de Jesús, y otras viviendo en los primeros años del siglo xvii; y a fe que he quedado asombrado; los nombres de monjas envueltas en halo de santidad (a juicio de las biógrafas, claro es, pero constituyendo vigoroso indicio) se multiplican prodigiosamente. Mujeres virtuosas; carmelitas que llevaron hasta los linderos del heroísmo el cumplimiento de la regla teresiana, de por sí áspera y dura, convirtiéndose de esta manera en rutilantes antorchas espirituales para alumbrar sobreabundantemente la huella de Teresa de Jesús en Palencia, y mantener –al menos ante Dios, que es lo que importa– ese puesto de privilegio de la Ciudad del Carrión en el mundo cordial de la Reformadora del Carmelo.

Estos manuscritos, sencillos capítulos iniciales de un apretado historial de santidad en el convento carmelitano de Palencia, han abierto nuestros ojos a un jugoso vivero para lograr, en días futuros, interesantes noticias en la grata realidad palentino-teresiana. De momento, y porque este discurso (por muchas razones, una de ellas la del respeto a vuestra atención) ha de tener un lógico límite, nos conformaremos con dar cuenta –ligera y sintéticamente– de la presencia de cuatro religiosas de este convento de San José, de Palencia, en las postrimerías del siglo xvi y comienzos del xvii, cuando el «palomarcito del consuelo»

(1) Breve noticia de la fundación de este convento de Carmelitas Descalzas de San José de Palencia; y «Vida de la Vble. Me. Catalina del Espíritu Santo (Tolosa) y de otras varias religiosas primitivas». «Cartas de la Vble. Me. Catalina del Espíritu Santo (Tolosa), de algunas de sus hijas y de otras religiosas primitivas. Una nota de lo que esta Comunidad dio para la fundación de Santiago; y algunos otros escritos antiguos».

(como le llamaron sus monjas primeras) iniciaba su vida muy cerca de la piedra amable y vertical de la catedral palentina.

Hna. María de San Bernardo

Con Madre Teresa, para formar parte de la primera Comunidad del *palomarcito* de San José, de Palencia, vino la hermana María de San Bernardo; había nacido en Villaviciosa de Portugal, y profesado el 21 de noviembre de 1570 en el malogrado monasterio de Pastrana (2).

Teresa de Jesús tenía gran amor a esta ejemplar religiosa, adornada, al parecer, de rarísimas virtudes.

Nos dice uno de los manuscritos carmelitas de Palencia (3) que era «fervorósísima en el orar, y de muy áspera penitencia». La mortificación constituida para hermana María de San Bernardo algo así como el pan nuestro de cada día, y rara era la disciplina que la religiosa se aplicaba en que la bermeja caricia de la sangre no hiciese presencia en su piel. Mujer de gran paciencia y resignación, pudo poner de manifiesto tal condición especialmente a partir de los cuarenta años, en que le dio una perlesía «que la cogió sentidos y potencias»; avanzando la enfermedad llegó, incluso a perder el sentido de las cosas, pero no así el entender en los negocios de Dios.

Se lee en el relato de su vida que su confesor, fray Ángel de Jesús María había tenido una gran duda leyendo los libros de Madre Teresa de Jesús, no encontrando aclaración a pesar de repetidas consultas con gente docta; sin embargo, en una simple charla con hermana María de San Bernardo, halló diáfana solución, comprendiéndolo con extraordinaria claridad y aun sin haber buscado deliberadamente tal tema en la conversación con la religiosa.

(2) «Memoria de las religiosas de Palencia, que se remitió al Capítulo de Alcalá en 1581» (Manuscrito del convento carmelita de Palencia).

(3) «Breve noticia de la fundación de este convento de Carmelitas Descalzas de San José de Palencia...» (Folio 2, bis).

Murió «comida de cáncer», en expresión de la biografía manuscrita que se conserva en el convento. Parece ser que a las cuatro o cinco horas de morir, cierta carmelita tuvo una visión sobrenatural en la que hermana María de San Bernardo aparecía entrando en el Cielo.

Entretanto su cuerpo muerto, todavía insepulto, estaba con tan gran hermosura y suave aroma que las monjas guardaron parte de sus ropas como reliquias.

Madre Catalina del Espíritu Santo

Catalina del Espíritu Santo es otra de las religiosas que ingresó en el convento palentino en sus años iniciales.

Llamada en el siglo Catalina de Tolosa, casó con un honrado hidalgo de Vizcaya, Sebastián de Muncharáz, del que quedó viuda, tras haber tenido nueve hijos, a los que imprimió una excelente y limpiísima educación.

Pocos hogares, como el de Catalina de Tolosa, que con mayor y más luminosa generosidad se hayan volcado en la Orden carmelita: viuda y con su numerosa descendencia, murió pequeño uno de los hijos, quedándole así seis niñas y dos niños; la ciudad de Burgos, donde estaba asentado este ejemplar hogar, conoció de la virtud y religiosidad de la familia de Catalina de Tolosa.

Pero veamos su aportación al Carmelo.

De las seis hijas, dos ingresaron religiosas en el Carmelo de Valladolid, y otras dos, María e Isabel, en el de Palencia, recibiendo el hábito de manos de la propia Teresa de Jesús, y, según pintoresca anécdota, la más joven (María de San José) rehusó –en un acto de humildad– ser corista, hasta que Santa Teresa, mirándola cara a cara, le dijo: «Advier-ta, hija, que quiere Nuestro Señor que sea corista, porque la guarda para priora»; efectivamente, llegó a ser priora en Zaragoza, Calatayud y Tarazona.

Pero volvamos al resto de la prole de Catalina de Tolosa; ingresa-

das carmelitas cuatro hijas (dos en Valladolid y dos en Palencia), quedaban otras dos y los dos hijos; de aquéllas, una murió de edad de veinte años, y la otra ingresó en el convento carmelita de Burgos. En cuanto a los dos hijos, el mayor marchó a estudiar a Alcalá, terminando por ingresar carmelita y profesar en el convento de Pastrana; fray Sebastián de Jesús, que tal era su nombre de religión, llegó a ser provincial de la Orden del Carmen descalzo. El más pequeño, tras vivir durante algunos años acompañando a su madre, tomó también el hábito carmelita en el convento de Palencia, con el nombre de fray Juan Crisóstomo; en la misma fecha, y unas horas antes, Catalina de Tolosa ingresaba en el «palomarcito» palentino de San José, y con el nombre de Catalina del Espíritu Santo llegaría a ser virtuosísima religiosa, muy dada a la mortificación y cumpliendo la obediencia reglar hasta el heroísmo; efectivamente, pasado el tiempo habría de tener como priora a una de sus hijas, María Isabel de la Trinidad, y por provincial a su hijo, el padre Sebastián de Jesús, y en verdad que ninguna monja ganó a Catalina del Espíritu Santo a la hora de obedecer a los que, habiéndoles dado el ser, habían sido destinados para superiores suyos por la Providencia.

He aquí la generosa e ilustre aportación de la familia de Catalina de Tolosa a la Orden Carmelitana; con esto hubiese bastado para justificar la presencia de esta mujer en el desfile biográfico que ahora nos ocupa; de la madre viuda y los siete hijos que vivieron más allá de la edad joven, todos ellos (madre e hijos) vistieron el hábito del Carmen, y dentro de sus respectivos Carmelos encontraron el final de sus vidas; sin embargo no podemos silenciar la ejemplaridad de esta animosa carmelita dentro del recinto claustral; priora durante un trienio, llevó con exceso su espíritu de mortificación y la gran penitencia en las comidas; magnífica enfermera, por el esmero, afecto y consuelo que ponía en sus cuidados a las monjas aquejadas de dolencia, siempre éstas deseaban tener a Catalina del Espíritu Santo por cuidadora en la cabecera del simple camastro reglar.

Relata el manuscrito carmelita que en 1603 hermana Estefanía, del convento de Valladolid, contempló en privilegiada visión a Cristo con Madre Catalina; la carmelita vallisoletana no supo si tal visión significaba algún honor especial del Señor para Madre Catalina (por ejemplo el de tenerla destinada para fundar en Francia), o si se trata del anuncio de la muerte de la virtuosa carmelita palentina; escribió la de Valladolid a Palencia, dando cuenta de esta visión, y Madre Catalina contestó rogando la tuviese al corriente de si tal visión se repetía; hermana

Estefanía volvió a ser testigo de la visión, hablándole en esta ocasión el Señor para decirle que la monja palentina descansaría pronto en El. Poco después, en el mismo año 1603, el 13 de julio, Madre Catalina fallecía, teniendo junto a sí a sus hijas carmelitas palentinas (una de ellas, Madre Isabel de la Trinidad, era a la sazón priora) y a su hijo fray Juan Crisóstomo.

Tal fue la fama de santidad de Madre Catalina, que su muerte dio ocasión de general luto popular en Palencia, siendo asimismo muy numerosa la concurrencia de gentes de los pueblos cercanos que a la ciudad llegaron para contemplar en el templo los restos de la carmelita, cuyo sepelio, por este motivo, hubo de ser retrasado; las gentes deseaban tocar objetos de devoción al cuerpo muerto de Madre Catalina, al par de pedir breves retazos de sus ropas, como preciada reliquia de la que por todos era considerada «Santa».

Se dice en el relato de la biografía de la ejemplar religiosa que el día de la muerte de Madre Catalina, una carmelita del convento de Salamanca contempló en visión sobrenatural un cortejo llevando gloriosamente el alma de una monja carmelita al Cielo; creyó la salmantina que la monja en cuestión sería Madre Ana de Jesús, que gozaba de fama de santidad en la Orden; pero según se cotejó posteriormente, al coincidir en la misma hora la visión de la monja de Salamanca y la muerte de Madre Catalina del Espíritu Santo, se deduce fácilmente sería ésta la carmelita portada en el celeste cortejo.

Hna. María de la Visitación

He aquí una religiosa cuya vida, encendida en la clara llama del milagro, encaja perfectamente en el convento cuya fundación, suscitada por milagroso mensaje de Cristo a Teresa de Jesús, tuviera la alta gracia de ir tejiéndose entre repetidos hechos y acaecimientos de signo sobrenatural.

Nos dice el manuscrito de su biografía, con sencilla y candorosa

afirmación, que «su vida, desde sus tiernos años, fue milagrosa» (4); esta afirmación se va ratificando a medida que el lector se mete en la maraña de la vieja letra del relato biográfico de esta mujer –humilde, sencilla y sacrificada– que, hija de padres nobles y ricos, naciera en Villalón, donde la tierra áspera y callada de los adustos «Campos góticos» constituye una briosa cátedra de austeridad y negación de sí mismo.

Y así fue la vida de esta mujer (cuyo nombre en el siglo no nos dice el manuscrito conventual), pues que hizo gran desprecio de su persona para derramarse en los demás por amor a Cristo. A penas sabía hablar –nos dice el manuscrito carmelita, con una estupenda fuerza expresiva– cuando empezó a dar muestras de caridad con los pobres, gran devoción e inclinación a las cosas sagradas. Muy pronto quedó huérfana de padre, viviendo en compañía de su madre y su hermana.

Pero un vigoroso signo de su vida era el milagro, y en verdad que lo sobrenatural hizo pronto presencia en su persona. Tenía nueve o diez años nuestra pequeña futura carmelita, cuando la noche de Navidad la llevó su madre, en Villalón, al templo a «Maitines»..., y he aquí cómo se relata el hecho en el manuscrito conservado en el convento carmelitano de Palencia: «en el coro donde los clérigos los cantaban (los Maitines) vio (la niña) muchos Coros de ángeles puestos con grande horden y reberenzia, todos bestidos de blanco; y como su madre adbirtiese q no miraba al Altar, sino al Coro, riñola, y ella la dijo con grande ynocencia que miraba a las ánimas de purgatorio q abian benido a maytines; su madre se escandalizó mucho del dycho y la reñía pensando que tenía una hija mui ynbenicionera, de donde la Criatura adbirtió q aqllo se abía de Callar, porque asta entonzes pensó q todos lo bían» (5).

En otra ocasión, siendo también de corta edad (doce años), enviola su madre a recoger unos dineros que le debía una vecina; cuando la niña les hubo cobrado, casi a la puerta de casa topó con un pobre que le pidió limosna; tentada estuvo la pequeña de darle todo lo que llevaba, y hubo dura lucha en su interior, pero la fuerza del deber venció, y hubo de negar la limosna al pobre, aunque con hondísimo dolor de su espíritu, y apretando briosamente los dineros en su puño, porque todo su impulso era el de dárselos al harapiento pobre; y así, en un

(4) «Breve noticia de la fundación de este convento de Carmelitas Descalzas de San José de Palencia...» (Folio 11, bis).

(5) «Breve noticia de la fundación...» (folio 11, bis).

convulsivo arranque, aprisionando fuertemente en su puño los dineros, sintiéndolos físicamente, casi haciéndole daño en la palma de su mano, emprendió loca carrera a su casa a darle –con dolor de corazón– a su madre lo que ella deseaba dar al pobre; y cual no sería su estupor cuando al abrir la mano (donde estaba sintiendo, como hemos dicho, la opresión de las monedas) la encontró vacía, y no halló, en la confusión, palabras con que disculparse; dice el manuscrito que la niña «espantábase de que siendo su madre tan recia, no se había enojado»; tal vez los dineros irían milagrosamente a manos del pobre, o se trataba de una dura prueba (la de no poder hacer una obra de caridad, y presentarse a su madre sin dinero) que Cristo daba a su pequeña futura esposa.

Su espíritu de caridad debió rayar en lo heroico; heredera de un tío suyo (clérigo), de su hermana (que murió joven, viuda) y de su madre, se encontró dueña de una respetable fortuna; por descontento que en poco tiempo sus riquezas desaparecieron repartidas pródigamente entre los pobres, a los que no sólo socorría con dineros, ropas y comida, sino que además les hacía entrar en su casa, rogándoles que de allí tomasen lo que les viniese en gana: colchones, sillas, mantas, etc.

Pronto esta mujer se encontró en la más extrema pobreza, y abandonó su casa para hacer vida de errante penitencia por esos mundos de Dios, no sin antes haber estado apretada de gran enfermedad, a la vera misma de la muerte, gozando de una sorprendente visión de Teresa de Jesús, de cuya visión, al parecer, gozaron en parte los presentes en la morada de la virtuosa y heroica mujer de Villalón de Campos.

Si el milagro prendía la vida de esta ejemplar dama, el milagro habría necesariamente de estar presente en su decisión de hacerse religiosa. Y así fue.

En una vereda, cerca de Villalón, encontré con un venerable anciano, el cual aconsejó a nuestra futura religiosa que, pues que se iba a dedicar a caminar para encontrar su destino que dejaba a la voluntad de Dios, tomase la dirección que él le iba a indicar; el anciano dibujó en el suelo cuatro rayas cortas en distintas direcciones, y una más larga, también siguiendo dirección diferente a las de los restantes trazos; díjola que dejase la dirección de las rayas cortas, y siguiese la de la raya larga; pasados unos días, la futura carmelita obedeció la indicación del anciano, a quien jamás había visto, ni volvió a ver, teniendo al mismo posteriormente como al patriarca San José, por determinadas circunstancias que concurrieron en lo que más tuvo trazas de sobrenatural aparición que de otra cosa. Caminando, nuestra futura religiosa

pronto pudo saber (por las indicaciones que recibía en el camino) que aquella dirección la llevaba a Palencia.

Enfilados, pues, sus pasos hacia la ciudad del Carrión, tuvo todavía ocasión para ser marco de la acción especial del Señor, en la fulminante conversión de un hombre que le saliera al camino con no muy limpias intenciones.

Poco acostumbrada a las sendas, la futura carmelita hizo una ruta trabajosa desde Villalón a Palencia, y más de cinco semanas de penoso caminar le llevaron las siete leguas de distancia desde la villa a la ciudad, haciendo escala en una ermita que halló en el camino, una legua antes de llegar a Palencia.

Tomó el hábito a los «cuarenta y honze» años ⁽⁶⁾, es decir a los cincuenta y un años, en ortodoxa traducción de esta hoy ingenua cifra del manuscrito carmelita.

Su vida religiosa fue ejemplarísima; su espíritu de oración y de negación de sí misma llegó a fervorosos extremos; para rezar siempre estuvo de rodillas, y jamás se sentó sino hasta no tener los ochenta años bien cumplidos; a esta misma edad, un día de junio descargó sobre Palencia una terrible tormenta con gran pedrisco; ella, con su vejez a cuestas, se arrojó al suelo en el jardín claustral, quedando prácticamente enterrada entre el granizo, y sólo se levantó a impulsos de la obediencia, porque su prelada lo ordenó; la anciana religiosa María de la Visitación no tuvo necesidad de secar su cuerpo ni sus toscas ropas; el viento del milagro seguía soplando sobre la divinamente esquinada vida de esta sorprendente hija de Teresa de Jesús.

La última enfermedad le dio después de celebrarse el primer día de la fiesta de la beatificación de madre Teresa de Jesús, y dice el manuscrito que al rogar ella al médico que no le hiciese tantas medicinas, contestóla éste «pues a ora b e q a los enfermos q hazemos más remedios se mueren más presto»; suponemos que el médico hablaba en broma, pero lo cierto es que antes de las veinticuatro horas la hermana María de la Visitación dejaba de existir. Contaba entonces ochenta y un años. Esta cifra, ubicada en el año 1614 (en que se celebró la beatificación de Teresa de Jesús) nos ha hecho deducir que la ejemplar religiosa de Villalón había nacido en 1533, y había tomado el hábito en 1584, es decir, dos años después de la muerte de Teresa de Jesús en Alba de Tormes.

(6) «Breve noticia de la fundación...» (Folio 15).

Relata el manuscrito carmelita que hermana María de la Visitación mantuvo una subida plática con Madre Teresa y con la Santísima Virgen, a juzgar por las expresiones de la monja, en testimonio de las compañeras que se hallaban junto al lecho momentos antes de morir la ejemplar religiosa.

Hna. Jerónima de San José

En la «patria chica» de Alonso Berruguete y Jorge Manrique, en la indómita tierra de Paredes de Nava se asentó la cuna de una muy austera carmelita del convento de Palencia: hermana Jerónima de San José.

Desde pequeña le acompañó la virtud, consagrándose al Señor y haciendo promesa de ser religiosa; como heraldo y bien anticipado prólogo de sus desposorios con Cristo, se previno con voto de castidad. Mujer muy sencilla, y de sincera y llana piedad, se entregó con gran celo al ejercicio de la caridad, especialmente con unos religiosos descalzos, franciscanos, existentes en Paredes de Nava.

Cumpliendo su promesa y dando cauce a su vocación, ingresó en el convento carmelita de Palencia, donde tomó el hábito de Teresa de Jesús en 1593.

Muchos trabajos hubo de pasar hermana Jerónima de San José, en los primeros años de religiosa, por el poco adelantamiento en su vida espiritual; todavía sin fundar el monasterio carmelitano masculino en la ciudad de Palencia, no tenía la religiosa un confesor fijo, y la priora entrególa un solo libro, la segunda parte del padre Arias, para que, retirada en una pieza alta del convento, se dedicase a ejercitarse espiritualmente; el adelantamiento era poco, pues que hermana Jerónima no era muy letrada; sin embargo, un día de San Bernabé, nos dice el relato biográfico, entró inopinadamente en el cauce de la espiritualidad, y su vida hizosele más fácil en este interesante capítulo de la condición religiosa.

Sin embargo este poco adelantamiento en la vida de cultivo de su espíritu, lo compensó con creces con el capítulo de penitencias y mortificaciones. Mujer enfermiza desde pasada su juventud, hubo de permanecer durante mucho tiempo en el lecho; años y años hubo de pasar con una comida frugalísima, considerándose casi imposible que físicamente aquella mujer pudiera permanecer con vida. A pesar de todo, cumplió con exactitud durante toda ella la observancia estrecha de la regla.

Santamente murió hermana Jerónima de San José, un día de la Asunción, en año que vela el manuscrito carmelitano. Una religiosa de otro convento carmelita (cuyo nombre silencia el manuscrito, alegando que la testigo vivía entonces) contempló una visión en la que aparecía una carmelita de Palencia (circunstancia que supo por revelación divina en el mismo momento) entre Cristo y San Francisco de Asís. Por el posterior cotejo de las horas de la muerte de la religiosa y de la visión de la carmelita en cuestión, se dedujo que se trataba de hermana Jerónima de San José.

* * *

Y aquí ponemos punto final, por el momento, en este recuento biográfico; cuatro religiosas carmelitas del convento de Palencia, cuyas vidas fueron espirituales antorchas en la estela teresiana sobre la Ciudad del Carrión, y ejemplo y muestra de un apretado manojito de santidad que bien puede catalogarse en el monasterio fundado aquí por Teresa de Jesús; no fueron seleccionadas para incorporarse a nuestro discurso las biografías de estas cuatro monjas, por considerarles con más virtud conocida o por su mayor ejemplaridad; no hubo necesidad de selección, por ser todas las biografías auténticos relatos de santidad; hemos trasplantado a este discurso los cuatro nombres que primero se presentaron ante nosotros. Lástima que una lógica limitación nos impida hablar de religiosas ejemplarísimas de aquella misma época, como hermana Melchora del Nacimiento, Ana de la Anunciación, María Luisa de la Ascensión, María de la Presentación, natural de la ciudad de Palencia, y, en fin, tantas y tantas otras, entre cuyos nombres destaca, no sólo por su estirpe nobiliaria, sino también por sus extraordinarios timbres de san-



Anunciación. - Retablo de Santa Lucía. - Paredes. - Parroquia de Santa Eulalia.



Virgen con el Niño.—Paredes.—Parroquia de Santa Eulalia



San Juan. - Paredes. - Parroquia de Santa Eulalia.



Retablo de San Antón. - Paredes. - Parroquia de Santa María.

tividad, la excelentísima señora doña María Luisa de Moncada y Aragón, duquesa de Montalto, grande de España y Sicilia, esposa del Adelantado mayor de Castilla, Manrique de Padilla, que, tras quedarse viuda, entró en el convento palentino con el nombre de Luisa del Santísimo Sacramento; fervorosa y pintoresca vida, de seglar y de religiosa, que bien merece la gracia de un estudio y comentario aparte, más amplio y sosegado (7).

* * *

Librenos Dios de haber intentado traer a nuestro discurso un heraldo, un mensaje o un prólogo de beatificación o canonización en masa; hemos dicho (y hemos insinuado) lo que otras gentes, coetáneas de las interesadas, dijeron de unas cuantas religiosas del Carmen Palentino: ¿exageraron las biógrafas?, monjas ellas mismas ¿se dejaron influir por el místico ambiente monástico y la generosidad y alteza de miras, a través de cuyo amable cristal todo queda traducido en bondad?; quizá sí; tal vez no; sea como fuere, si la santidad es la perfección y la vida en gracia, tenemos la seguridad de que en las biografías relatadas, y en las insinuadas (y suponemos que en el resto de las existentes en el convento palentino, como en tantos y tantos otros «carmelos» y monasterios y conventos de tal o cual Orden o Congregación del mundo católico), entre esa exuberancia de sutilezas, que puede ser expresión no exagerada de la verdad exacta, pero que a muchos pudiera parecer hojarasca producto de la mentalidad habitualmente bondadosa de cada monja biógrafa, está latente, imborrable, incommovible, como una ejecutoria de sinceridad llana y sencilla, la luz vivísima de unos tremendos deseos de perfección, de unos rotundos anhelos de gracia, de unas briosas ansias de identificación con Dios, de un –en fin– arrebatado impulso hacia la santidad, que nos hace pensar que Teresa de Jesús, que en vida mimó tanto al convento de Palencia, siguió después, y continúa, ayudándole para que la ciudad del Carrión tenga

(7) Relación de la viuda y virtudes de la Excma. Sra. D.^a Luisa de Moncada y Aragón... (Manuscrito del convento de San José, de Palencia).

en estas religiosas ejemplares y santas unas auténticas antorchas espirituales de la propia huella teresiana, y a la par sean la luz, la sal y el agua clara, que mantengan sabrosa y fecundante esa graciosa levadura de la indiscutible «buena masa» de las gentes palentinas.

He dicho.

– LAVS DEO –

Palencia, octubre y 1962

IV Centenario de la Reforma teresiana del Carmen